

# Nicolás Casullo

## LAS CUESTIONES

### I. La revolución como pasado (fragmento)

#### La escena ausente

La emblemática revolución socialista o comunista pensada como pasado es un dato crucial en el proceso de caducidad de los imaginarios que presidieron la modernidad. Dato crucial hoy, cuando muchos avizoran el epílogo del sueño ilustrado moderno que tuvo durante tres siglos el proyecto de *hacer-rehacer* la historia para la emancipación social del hombre. Ese tiempo pasado de la revolución es, hasta hoy, un pensar no pensado, o quizás, en muchos aspectos, no pensable, en tanto nuevo mundo que establece. Se asemeja a una suerte de conjugación cultural que hace años entró en errancia sin recaudos, en desmembramiento verbal, en desmemorización de aquel referente que supo ser la actualidad por excelencia. Lo no pensable de una historia tiene que ver sin duda con condiciones del presente, pero también con las formas catastróficas que adquiere el fin *político* de un proyecto histórico.

¿Qué exige pensar la extirpación de una legendaria configuración de la historia, de una metafísica del futuro? Esta interpelación se aproxima al argumento de Carl Schmitt cuando reflexiona sobre lo teológico-político, en cuanto a que la imagen metafísica del mundo que se hace una época tiene la misma estructura que la política que ilumina a esa época. Identidad, sobreimpresión, juego de espejos entonces que se precipita cuando una dimensión se apropia de la otra y exige inquirir qué se dice, cuál es el juego idiomático de ese diálogo entre el nuevo presente y el nuevo pasado. ¿Cómo es pensable una época transida prioritariamente de paisajes históricos y discursivos hundidos, por mundos políticos y estadios culturales piranesianos?

Una ambigua exploración intelectual sobre los males de la historia se esparce hoy sin embargo desde un sentimiento de ruinas dispersas. Ruinas políticas, estéticas y conceptuales que abundan como metro que mide esta tardomodernidad: un dato finalmente que no es nuevo. El siglo XVIII lo contuvo con recurrentes motivos, ilustraciones, caprichos,

dibujos de ruinas y restos de la legendaria Roma; también el romanticismo melancolizó sus nuevos mundos “vaciados” con imágenes de abadías y portales abandonados. Georg Simmel habla de las ruinas a principios del siglo xx: una visión de lugares en los que ha desertado la vida, un estado del espíritu que descubre de pronto a la biografía humana en estado de naturaleza erosionada, más escombros que legado de ideas. La revolución, ahora, también como piedras de un templo callado, antiguo, para conjeturar este paisaje del presente todavía con muy pocas escrituras que lo narren en su real profundidad.<sup>1</sup>

No se trata en este caso de contabilizar las dotes o los estigmas que acumuló la revolución. Tampoco los por qué de su auténtica caída, cuestiones que pertenecen a una historiografía aún no realizada plenamente. Sí se trata de interrogar el inmenso espacio deshabitado que se abrió en la inteligibilidad de las cosas, cuando este espacio sobre una ausencia no logró ni logra transformarse en una conciencia de época medianamente elaborada, y se subsume en cambio en simple duelo o en negación de una larga y fallida crónica; en un lugar de reflexividad ahogado, donde se acumulan básicamente patologizaciones ideológicas, psicológicas, intelectuales. Significantes descuajados, yermos, elucubraciones deshistorizantes de la historia. Es decir, imposibilidad de pensar críticamente la cura política sobre el propio pensar lo nuevo. Un hueco no asumido, como condición decisiva del estado de la crítica. La dificultad de preguntarse, entonces, qué quedó de esa revolución que concluiría con una historia injusta a partir de una sociedad futura sin explotadores ni explotados. Preguntarse en este caso: ¿dónde antes había eso, que pasó a haber? ¿Un alivio ético, una superación histórica, una tumefacción demasiado ardua de explorar, un nuevo tiempo crítico, un mundo mejor, una mayor calidad político-intelectual, un pasado finalmente puesto al desnudo, un agujero indecible, el puro cinismo, la derecha como derecha y la izquierda también como derecha?

Esto es, el tema no es tratado fundamentalmente por un pensamiento de teoría histórica crítica, sino simplemente manipulado por la propia desorientación acomodaticia e interpretativa de las “críticas a las historias” en la era de las mercancías culturales “cultas” de gran mercado, o por campañas ideológicas interesadas, por modas académicas y oportunismo periodístico, donde una historia deja de respirar y es centrifugada, para reaparecer como decoración o como pasados momificados en una era de reiterada “ideologización de la víctima” y no del partisano. Una era con un sentido férreamente individualista, mediático y desde una métrica política liberal en la que los sujetos subalternos colectivos perdieron la voz teórica propia, la

---

<sup>1</sup> Georg Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona, Península, 1988, pp. 117-124.

legitimidad de sus ideas y las concepciones de democracia, las batallas por los poderes, la capacidad de definir qué es la política o de volver predominante la caracterización de un presente desde un proyecto de los que nada tienen.

Puede afirmarse que ese discurso de la revolución que integró teoría, política, masas, partidos, experiencias históricas, sagas bibliográficas y una suerte de iglesia mundial, es ahora parte de la tradición moderna. Como el amor romántico, las mafias de Chicago y otras variaciones de las modas retro, cada tanto la trama de algún filme nos recuerda o revive en fotogramas a sus creyentes en acción. Es decir, la revolución como una portentosa y estetizada cita del pasado, cada vez menos citable por las izquierdas en su sentido social más amplio. El fenómeno que se extenuó en el plano de las mentalidades -con infinidad de aristas y ángulos- gravita sobremanera en tanto extenuación no sólo en este ahora social que se habita, sino como influencia específica en la historia intelectual. Acerca de esto se pretende reflexionar. Construir el hilo que hizo presente la revolución, el universo que trajo aparejado en las conciencias durante los períodos sucesivos de la modernidad, y su partida ahora del tiempo histórico a la manera de un nuevo alejamiento de los “mitos y dioses” de los asuntos mortales.

El propósito, en este caso, es que comparezcan los significados e interrogantes que provoca esta ausencia en la escena actual de lo que fue figura protagónica, y no las causas de su extenuación en las intensidades políticas del presente. Sobre las causas de esta desfuturización del proyecto revolucionario socialista-comunista, de la concreta perspectiva que pondría fin al capitalismo por decisión política de la clase trabajadora industrial, se ha hablado bastante. Hubo factores de distinta envergadura, dimensiones e incidencias. El teórico y ex militante revolucionario Régis Debray, por ejemplo, en un elaborado trabajo en tres tomos de fines de los años setenta, afirma que la revolución declinó de manera irreversible en Occidente, cumplió su último capítulo, con el fracaso de todas las vanguardias revolucionarias armadas en América Latina (objetos de su investigación) impulsadas por la experiencia cubana, mientras que el continente había mostrado histórica y teóricamente que poseía todos los datos indispensables para la hazaña de los pueblos.<sup>2</sup>

Sin duda las determinantes son más vastas y complejas que dicho indicador de la revolución en América Latina. Podrían contabilizarse las largas y tenaces campañas de denuncia contra los socialismos reales por parte de las izquierdas europeas entre 1968 y 1990, que desollaron una mítica. Las estrepitosas caídas seriales de estos modelos del Este europeo que cerraron la biografía de la lucha más importante del siglo XX. Lo desilusionante de muchos procesos de liberación africanos y

---

<sup>2</sup> Régis Debray, *La crítica de las armas*, 3 vols., México, Siglo XXI, 1975.

asiáticos triunfantes, en relación a las nuevas sociedades instauradas. El giro de la intransigente ortodoxia comunista china hacia el capitalismo de mercado. La revalorización política de la cuestión democrática contra las tesis de partido único, asalto abrupto al poder, dictadura del proletariado y fin del mundo burgués. La expansión reflexiva sobre la crisis del marxismo en los aspectos político, filosófico y científico, que anacronizó infinidad de ideas, textos, experiencias e hipótesis. El evidente resquebrajamiento de los estatismos capitalistas benefactores, sustentados en el apoyo de masas trabajadoras sindicalizadas a la manera de un gradual presocialismo. La crisis del optimismo capitalista que muestra conservadoramente lo ilusorio de sus propias perspectivas democratizadoras con respecto al bienestar general sostenido. Las mutaciones tecnológicas productivas de corte cibernético-informático-comunicacional que quebraron el rol de los actores sociales de la clásica era industrial, y desestructuraron el poder político, ideológico e institucional obrero y el destino que les fijaba una “vieja” historia. El miedo social a un *kaput* del desarrollo histórico de las sociedades. La categórica y afiada embestida cultural de las derechas capitalistas patrocinadoras de duros ajustes a las democracias y a las expectativas de cambio, con la propuesta del liberalismo de todo el poder al mercado, lo prioritario en las tesis de gobernabilidad de las sociedades, y el conservadurismo de los mundos intelectuales en apoyo a esta nueva metafísica publicitaria de lo “inexorable”.

))((

## II. Populismo (fragmento)

### Un vocablo en la industria cultural

¿Qué se busca discutir hoy con respecto al tema populismo? ¿Qué se escenifica en realidad en esta suerte de remisión a una huella que no es tal y sin embargo pretende evocar un pasado que vuelve? ¿Por qué aparece el tema entre candilejas, desde vetustos argumentos de la progresía liberal que lo desvinculan de lo sustancial de un debate latinoamericano en nuestra historia? La reposición política periodística de dicho vocablo, trabajado con un eco “fatídico” frente a figuras como la de Néstor Kirchner y, a nivel latinoamericano, Evo Morales, Luiz Inácio Lula da Silva, Rafael Correa, Hugo Chávez, Daniel Ortega y Andrés Manuel López Obrador, pretende desarrollar una campaña con

este denominador común aglutinante, con una carga simbólica fuerte en cuanto a su supuesta capacidad de hacer mermar la democracia y sabotear la salud de las repúblicas. La palabra populismo, de forja básicamente académica, de fortuna científico-social en el continente, surge hace 40 años, se despliega luego en términos políticos, adecuada para tal fin, hasta encerrar un pecado casi de carácter subversivo para las actuales expectativas de una época regida por una única gran lógica del mercado mundial concentrado y un reiterado y obediente statu quo institucional como único gran reloj de las circunstancias históricas.

Si bien es necesario fijar las coordenadas y los trazos que componen la experiencia histórica y reflexiva sobre los llamados populismos, lo importante en este caso es asentar políticamente el asunto en la siguiente interrogación: qué significa el regreso de una controversia sobre el tema. En este presente de ocasos, derivas y vampirizaciones argumentativas, de memorias (sobre un reciente siglo xx) que se sienten muchas veces encarceladas o maquilladas por la era difusora del mercado global, sería ocioso preguntarse por una temática -el populismo en este caso- sin partir de las señas discursivas que componen y arman el presente. Sin preguntarse quién alza el escenario de la crítica y pone los referentes en esta reyerta que -como casi todo lo que sucede en la actualidad- busca un triunfo cultural y no inmediatamente político, esto es: seguir esculpiendo una conciencia social domesticada en nombre de los buenos comportamientos políticos.

En un tiempo de despolitización marcada de las explicaciones -vía teorías económicas mitificadas, vía academicismos con sus pulcros objetos de estudio, vía sentido común periodístico o ideologías de supuesta neutralidad intelectual-, la preocupación de este texto es sustraer el problema que se discute de aquello que oculta lo que en realidad se discute. Desplazarlo tanto de una instrumentación publicitaria de las derechas que invade la comunicación de masas como de un saber especializado que por terminología lo distancia demasiado de un posible debate diario de corte concretamente político, intelectual, militante, sobre la cuestión nacional y latinoamericana. Colocar entonces el problema del "populismo" en un sitio de debate donde las políticas de intenciones populares puedan recuperar su capacidad de designar las cosas en que quedan involucradas, reponer una mínima memoria del dilema, situar la real confrontación en términos adecuados. Entablar una incursión político-intelectual en el tema.

Hay sin duda un efecto de retorno: de lo que sería la réplica de un maligno ser político original que se pensaba irregresable para las nuevas y buenas costumbres del mundo bajo una predicada horma de los grandes organismos internacionales con sus recetas ecuménicas. El pregonar alarmista de los enemigos económicos y políticos del populismo ha desvirtuado a tal punto las referencias del debate, que la

pregunta pertinente es *qué se discute en realidad* cuando se discute ese tema. De qué texto el populismo es el pretexto. Qué conflictos se estarían invocando en la presente disputa, qué contraproducente deidad retornaría a América Latina desde un supuesto cielo negro y para desdicha de la sociedad democrática republicana. O remedando humorísticamente lo que expresó Jacques Derrida entre originales y copias: “lo que se vuelve enigmático es la idea misma de la primera vez”.<sup>3</sup> Esto es, en este caso, la fuente de una biografía política popular que alimentó lo más decisivo de la crónica de masas en el continente.

Avanzada la primera década del siglo XXI, las diatribas contra el populismo no remiten tanto a sus diversificadas experiencias históricas difíciles de catalogar, como a las falencias, astucias y pertrechamientos culturales de esta época: a una predisposición claramente confrontativa desde la derecha ideológica (la misma que predica el supuesto fin de las derechas y las izquierdas, lo anacrónico de las confrontaciones sociales o lo innecesario de hacer presente el conflicto en un mundo mercadotécnico). Todo queda malversado en las operatorias ideológicas de la dominación económica y cultural cuando se expande en términos periodísticos y de columnistas la peste del populismo sobre el país desde un nuevo/viejo artefacto de terminología catadora construido para leer políticas latinoamericanas que -a duras penas y no sin contradicciones- afectan intereses económicos (nacionales e internacionales) depredadores de la salud de las sociedades y considerados “intocables”. Desde estas críticas usinas diversificadas el populismo es, como vocablo, básicamente la forma de significar, recopilar y a la vez vaticinar *la imposibilidad de América Latina* en el concierto de las naciones. Populismo es lo que connotaría, en un restringido mundo codificador de las políticas actuales, que el proyecto del país, o continental, es imposible. Malgrado por la propia maldición del pueblo llano cuando de manera impertinente y con distintos “líderes” pretende medianamente protagonizar la historia. O, según dicha versión, “irracionalizarla” con el voto de mayorías y Estados intervinientes: panorámica que concluye atentando contra la producción de riquezas, derrames del mercado, oportunidades y libertades.

Una prueba a la vista de esta estrategia tematizadora del presente “populista”: el regresivo populismo menemista (caudillista, lesionante de la gimnasia institucional, corrupto al máximo, clientelista, confidencial, mafioso y solapado con sus grupos de intereses extrapartidarios) que gobernó durante la década de 1990 a la Argentina obedeciendo los axiomas del mercado mundial, el grupo Davos, el consenso de Washington y el Fondo Monetario Internacional (FMI) como alianza del poder político unipersonal con la corporación empresarial contra el

---

<sup>3</sup> Citado en Hal Forster, *El retorno de lo real. La vanguardia a finales del siglo*, Madrid, Akal, 2001.

Estado nacional; ese poder no mereció en diez años un solo comentario, columna, suplemento, mesa redonda ni entrevista crítica al “populismo” desde las calderas que hoy, en cambio, alientan el sambenito diario en defensa de una calidad democrática desconsiderada (como tampoco a nivel latinoamericano lo mereció en el Perú durante ese mismo período el largo gobierno de Fujimori). Tal cual lo expone la analista Nelly Arenas “se puede decir que en ocasiones el populismo puede resultar funcional al liberalismo”.<sup>4</sup> De tal forma, la actual abundancia de crítica al populismo debe ser interpretada como un fenómeno que responde a una escena de confrontación donde se dirimen, a nivel ideológico cultural, otras legitimidades políticas e intelectuales en el reacomodamiento de fuerzas y perspectivas en una etapa claramente posrevolucionaria en sus postulados de proyectos de alternativa popular. En una etapa hegemonizada por un capitalismo sin contendientes reales con su lógica económica y las lecturas políticas consecuentes. Como expresa el teórico del socialismo español, Ludolfo Paramio, crítico de muchas políticas populares en la América Latina de hoy: el populismo se sintetiza en aquello que dificulta o directamente sabotea “la importancia de las instituciones como marco imprescindible para el buen funcionamiento de los mercados”. Se responde de esta manera a su pregunta previa: “¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo?”.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Nelly Arenas, “El proyecto chavista”, en *Desacatos*, núm. 22, septiembre de 2006.

<sup>5</sup> Ludolfo Paramio, “Giro a la izquierda y regreso del populismo”, en *Nueva Sociedad*, núm. 205, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2006.